

Buses y Metro

El señor que ha venido a verme a mi oficina quiere que le ayude en una campaña que ha iniciado. Es un caballero muy respetable y con no poco poder de convicción. Sin embargo, mi conciencia rehúsa escribir el artículo que él me pide. Está bien que, de vez en cuando, yo haya advertido el retroceso que significa el progreso, pero lo que este señor me insinúa me parece excesivo.

“Mi campaña —me explica con entusiasmo— está destinada a evitar que se siga construyendo el metro” y cuando yo, mostrando mi extrañeza le replico que “el metro” es una de las obras de ingeniería que ha logrado dejar contentos a moros y cristianos, que él ha significado la solución en gran medida del problema de la movilización de Santiago, que su eficiencia y limpieza son motivos de orgullo que exhibimos ante los extranjeros que nos visitan, el señor sonríe condescendentemente y me dice:

“Cuando se viaja por la superficie, el pasajero va mirando calles, transeúntes, vehículos. Al hacerlo, está conociendo a su ciudad y, al conocerla, la quiere. El contemplar las cosas que ve en las calles su imaginación se despierta y, con ella, entra en un estado de ensoñación. En cambio, cuando se viaja en un subterráneo lo único que se ve por las ventanillas son paredes grises que nos impiden el contacto con la ciudad. Si se viajara permanentemente en metro es muy poco lo que conoceríamos de Santiago. La falta de paisaje nos obliga al ensimismamiento, a continuar metidos en nuestros propios problemas pues nada de lo que vemos por la ventanilla estimula nuestra imaginación”.

Le advierto, entonces, a mi visitante, que la rapidez de movilización que ofrece el metro compensa con creces esas desventajas. Pero el hombre es persistente:

“Esa rapidez que Ud. alaba es una de las peores trampas que nos ofrece el metro. En la vida moderna hay muy pocas oportunidades para el descanso. O estamos trabajando, o andamos por las calles con nuestros sentidos puestos en no ser atropellados o estamos con nuestra atención puesta en el trámite o la compra que estamos haciendo. Y, después, al llegar a casa nos acosan los mil y un problemas domésticos que hay que solucionar. ¿Cuándo el ciudadano tiene oportunidad de descansar, sino cuando es lentamente desplazado de un lugar otro satisfaciendo su necesidad de movilizarse? La rapidez del metro

nos está robando posibilidades de descanso. Ya verá Ud. las estadísticas de los próximos años. Ellas revelarán que las afecciones cardíacas se han incrementado desde la fecha de la inauguración del metro”.

Indudablemente, este hombre, como todo defensor de una causa, parece olvidar los innegables aspectos negativos que ella tiene y me veo en la obligación de recordarle que todo lo que él dice puede ser cierto respecto al pasajero del bus que consiguió un asiento, pero quien debe viajar de pie en un hacinamiento que afrenta la dignidad humana jamás apoyará su campaña.

“Por el contrario —me replica, suavemente—, sucede que la vida moderna es horriblemente sedentaria, no hay tiempo ni posibilidades para el ejercicio físico y esto trae no pocos problemas físicos y psicológicos. En un bus lleno de pasajeros, todos estamos obligados al esfuerzo físico de desplazarnos, hacemos un ejercicio que revitaliza la circulación sanguínea; el viajar en una pisadera satisface la sed de aventura que todo hombre lleva en sí, la necesidad de desplazarse por un pasillo atestado de gente y tratar de obtener un asiento despierta en nosotros el tan importante sentimiento de la competencia y una agresividad que nos impide caer en una indiferente mollicie. Dígame Ud., ¿si los espartanos, cuyas virtudes ha recogido la historia, hubiesen podido preferir en su época un medio de movilización, cuál habrían elegido? De seguro, si hubiesen tenido un metro, se habrían quedado apoltronados y nadie los recordaría hoy. ¿Qué se puede esperar de un pueblo que, para movilizarse, no realiza ningún esfuerzo, no tiene que vencer ninguna dificultad, que simplemente baja una escala y se sube —porque al Metro ni siquiera se le espera— a una jaula limpia, iluminada, con espacio en exceso para sentarse y desplazarse?”

Como el señor parece tener respuestas para todo, he fingido una reunión urgente para poner fin a la entrevista. Decididamente no hay derecho. Ninguna iniciativa, ni siquiera una tan excelente como es el metro, se escapa de los eternos inconformistas. Siempre habrá amargados que encontrarán el “pero” a la obra más perfecta, perros que ladren al progreso llamando al inmovilismo.

Sin embargo...

PARTIQUINO.